

Editorial

Los derechos humanos P. Silvio Marinelli Zucalli, Director

Una constante en la historia del hombre es la lucha del ser humano contra sus semejantes. El filósofo inglés Hobbes forjó un proverbio muy amargo: *Homo homini lupus*, es decir, «el hombre es el lobo del hombre». La agresividad, fruto del miedo o la inseguridad, o estrategia para dominar al prójimo, se manifiesta en variadas formas y se va consolidando en estructuras de dominio, explotación e injusticia. La ley del más fuerte, que priva en el reino animal, se manifiesta, con matices diferentes, entre los seres humanos.

Particularmente los que detentan el poder –político y económico–, pueden «abusar» de su autoridad y traicionar su tarea: el servicio al bien común se transforma en violencia.

La reivindicación de los derechos humanos nace en este contexto de violación sistemática de los mismos. Si no se actuara perversamente cuando se ejerce la autoridad, no sería necesaria toda la orquestación de los derechos humanos. Lamentablemente la humanidad siempre ha vivido, y vivimos, en esta coyuntura desfavorable y, desde siempre, el hombre y los pueblos se han visto obligados a luchar para afirmar y disfrutar sencillamente de lo que les corresponde.

A lo largo de la historia, particularmente en los últimos siglos, la humanidad ha dado pasos significativos en la reivindicación y la afirmación de los derechos humanos, a través de diferentes etapas: se habla de derechos humanos de diferentes generaciones. Se empezó con los derechos civiles y políticos individuales, se pasó a los derechos sociales, económicos y culturales (entre ellos, a la salud); ahora se está luchando por el reconocimiento internacional de los derechos de los pueblos.

Mirando en derredor, nos damos cuenta de que, a pesar de los avances en el reconocimiento de los derechos humanos, las violaciones a éstos continúan; víctimas de estos abusos son, en particular, las personas más débiles: niños, mujeres, indígenas, ancianos, seres humanos que no han visto todavía la luz, enfermos terminales, discapacitados, etc. En realidad quien no tiene «ni voz ni voto», difícilmente puede conseguir un absoluto respeto de su persona. Quien no tiene recursos –inteligencia, dinero, poder, salud, amistades–, muchas veces ve pisoteados sus sacrosantos derechos.

Las instituciones de gobierno e internacionales han ido conformando organismos para la tutela de los derechos humanos y de los pueblos; sin embargo, sin la participación de la sociedad civil y de todos los ciudadanos en general, difícilmente se erradicará esta problemática. Los derechos humanos empiezan en la familia, continúan con las relaciones entre vecinos, en el mundo de la escuela y en el entorno laboral. Sólo una ciudadanía consciente y responsable podrá llevar adelante este ambicioso proyecto del respeto y fomento de los derechos humanos en todos los casos y para todas las personas.

Es necesaria una labor educativa y de formación de la conciencia.

Es, también, necesaria una fundamentación adecuada del discurso sobre los derechos humanos, es decir, en una sólida antropología, que reconozca a la persona humana como centro de la sociedad y fin de toda la organización social. Sólo una concepción de la persona humana, como espíritu encarnado abierto a lo trascendente –a Dios y al prójimo–,

puede ser una plataforma sólida para el reconocimiento, la tutela y la promoción de los derechos humanos. Una antropología que desconozca la centralidad de la persona humana y la igualdad en dignidad de todas las personas humanas, será una base frágil para cualquier reflexión sobre los derechos humanos.

La tradición judeo-cristiana, desde este punto de vista, puede ofrecer un válido aporte en el fomento y justificación de los derechos humanos de todas y cada una de las personas, en todas las épocas y todos los lugares. La dignidad de la persona humana radica, fundamentalmente, en la base sólida del proyecto de Dios que nos creó a todos a «su imagen y semejanza».

Una base sólida es necesaria asimismo para salvaguardar los derechos humanos en el mundo de la salud. Lamentablemente, tenemos mucho camino que recorrer para que los servicios de salud y los avances de la ciencia médica sean puestos al alcance de todos los que lo necesitan.